

Rafael Valencia. *Al-Andalus y su herencia*. Madrid: Catarata, 2011. ISBN 978-84-8319-646-5. 257 pgs.

Reviewed by Albert Cassanyes Roig
Universitat de les Illes Balears



Escribir sobre Al-Andalus no es una tarea sencilla. En primer lugar, exige desprenderse de los tópicos y de los prejuicios que han acompañado este concepto desde su formación. También requiere de una gran capacidad de sistematización, pues las relaciones que había dentro del territorio entre las varias tribus y facciones enfrentadas implica una historia altamente compleja poblada de reinos de taifas independientes, intrigas palaciegas y golpes de estado. Finalmente, se debe ser honesto y reconocer la importancia cultural que tuvo el mundo musulmán, y especialmente Al-Andalus, para la Europa medieval; sin esta influencia andalusí, no se habría podido dar el Renacimiento. Estas son las cuestiones que aborda el arabista Rafael Valencia, profesor de la Universidad de Sevilla y gran conocedor tanto de la historia de Al-Andalus como de su producción cultural y literaria. En este libro analiza la historia, las estructuras socioeconómicas y la cultura literaria andalusíes para terminar valorando cuál fue su herencia no solo en la península Ibérica, sino en toda la Europa occidental.

El primer capítulo, también el más largo del libro, pretende abordar el marco histórico de Al-Andalus, desde la conquista del 711 hasta la caída de Granada en 1492, dedicando, igualmente, un breve apartado a los moriscos. A través de sus páginas, Rafael Valencia va presentando sucintamente los gobiernos de los distintos emires y califas, resaltando los hechos políticos y militares más destacados de ellos. Además, el autor contempla la península Ibérica como un todo, como una entidad geográfica en la que las relaciones entre Al-Andalus y los reinos cristianos del norte son procesos intrínsecamente vinculados, de modo que es necesaria la participación de ambos sujetos para explicar los distintos procesos. Esta concepción se manifiesta en el análisis sincrónico del desarrollo histórico de Al-Andalus y de los reinos cristianos, aunque, evidentemente, en este último caso se trata de forma menos profunda.

A pesar del tópico que presenta Al-Andalus como un cuerpo homogéneo, la presente obra demuestra que esta idea generalizada no es, ni por asomo, cierta con la realidad histórica. Al contrario, la historia de Al-Andalus se circunscribe a la lucha por

el poder entre los distintos grupos tribales y étnicos que se establecieron en la península Ibérica ya en el momento de la conquista musulmana del 711. En primer lugar se trató de la oposición entre los árabes yemeníes y qaysíes, añadiéndose, además, el papel jugado por los bereberes norteafricanos que también penetraron en la península y la presencia de los muladíes, los recientemente convertidos al islam. Esta división, existente ya desde el primer momento, se mantendrá durante las etapas del emirato dependiente de Damasco, del emirato independiente y hasta con el califato, para finalmente desembocar en la formación de los reinos de taifas del siglo XI, divisibles entre los controlados por los árabes, por los bereberes y por los eslavos.

Las luchas intestinas entre las distintas taifas supondrá el llamamiento de los almorávides, que representan un islam de carácter rigorista. Tras su tercera entrada en la península Ibérica en 1090, se irán apoderando de los distintos reinos islámicos, restableciendo la unidad política perdida a inicios del siglo y suponiendo, al mismo tiempo, un freno al avance cristiano, que se había aprovechado de las conflictivas relaciones entre taifas para extender su frontera. En todo caso, hubo una fuerte influencia andalusí sobre el carácter almorávide, produciéndose una aculturación en el sentido contrario al que cabría esperar: de Al-Andalus sobre los almorávides. Sin embargo, la tendencia disgregadora volverá a aparecer a inicios del siglo XII, dándose el surgimiento de los segundos reinos de taifas. De nuevo, estos recurrirán a la ayuda de un pueblo africano, quien pasará a la península para quedarse en ella; en este caso, los almohades, igualmente rigoristas en sentido religioso. Será precisamente bajo el dominio de estos dos grupos cuando Al-Andalus logrará su máximo esplendor, deviniendo una potencia económica que correrá paralela a un desarrollo cultural.

La derrota musulmana en la batalla de las Navas de Tolosa de 1212 supone la caída de los almohades, la formación de unas nuevas taifas y la apertura del valle del Guadalquivir a los cristianos norteños. De hecho, la historia de Al-Andalus entre los siglos XIII y XV, bajo la dinastía de los nazaríes, no es más que una larga agonía en la que los cristianos van haciéndose con el control del sur peninsular, mientras los musulmanes, internamente divididos, luchan entre sí, en ocasiones poniéndose bajo la protección de los reinos del norte. Sin embargo, esta agonía no está reñida con los últimos coletazos culturales andalusíes; no hay que olvidar que es el momento en que se transmite el saber clásico de la Antigüedad a través, precisamente, de los musulmanes peninsulares. Tras la conquista de Granada por los Reyes Católicos en 1492, Al-Andalus desaparece como entidad política, pero restan los moriscos, a los que se dedica un breve apartado como postrera presencia andalusí en la península. A pesar de las capitulaciones, los moriscos sufrieron fuertes presiones para que se integraran completamente en la sociedad castellana, renunciado a costumbres, lengua y religión, lo que no aceptaron. Todo ello condujo a la revuelta de las Alpujarras de 1568 y, finalmente, a la expulsión de 1609.

El segundo capítulo está dedicado a las estructuras administrativa, económica y social de Al-Andalus. Esta cuestión ya ha sido esbozada a lo largo del capítulo anterior, pues, en ocasiones, no se puede entender el desarrollo histórico sin la debida referencia a las estructuras andalusíes (por ejemplo, al mencionar el rol de Almanzor como canciller de Hixam II). En este capítulo, en cambio, las estructuras son descritas y se menciona su evolución a lo largo del tiempo, aunque, en general, se mantuvieron durante todo el período andalusí; incluso los reinos de taifas no crearon nuevas estructuras, sino que quisieron emular las del califato multiplicándolas en las distintas cortes. A grandes rasgos, a nivel administrativo, se distingue entre un gobierno central, con instituciones políticas (la Cancillería y los distintos visires) y económicas (el Tesoro Público, el tesoro de los habices y el Tesoro Privado), un gobierno provincial en cada

una de las diversas *kuras* en que se dividía el territorio y encabezadas por un gobernador, y un gobierno local, poco conocido, pero sin duda existente. En paralelo a esta estructura existía la organización de la justicia, independiente del califa, con funciones religiosas y económicas (por ejemplo, administraba el tesoro de los habices).

A nivel económico, Rafael Valencia realiza un repaso a través de los distintos sectores económicos que se desarrollaron en Al-Andalus. Tras una consideración sobre las medidas y los pesos, se analizan la caza, la pesca y la recolección, junto a la minería, que era de una cierta importancia. La principal atención, pero, se centra en la agricultura, base económica de los andalusíes y que supuso una revolución para la península Ibérica a causa del aumento de la productividad, lo que sería luego aprovechado por los cristianos tras la conquista de los territorios sarracenos. Destacar las referencias a los sistemas de explotación de la tierra, en ocasiones heredados de los sistemas godo y romano preexistentes. Igualmente importante fue la ganadería, especialmente ovina, aunque las prohibiciones no evitaron que el cerdo fuera altamente consumido. Otras especies usadas fueron las aves de corral, las abejas y los camellos. Por su parte, la industria fue casi irrelevante, a excepción de la metalurgia y los textiles. Más importante fue el comercio, que tenía lugar en las ciudades y que contaba con conexiones hacia los territorios orientales, como Bizancio e Iraq.

En cuanto a la sociedad, esta se dividía en varios grupos sociales: personas libres (musulmanes y muladíes, mozárabes y judíos) y esclavos. Este primer grupo se dividían, a su turno, en dos colectivos: *jassa* (aristocracia privilegiada) y *amma* (pueblo no privilegiado). Se dedica una amplia atención a la cuestión de los mozárabes, cristianos que vivían en la sociedad andalusí. De hecho, se destaca la importancia de la religión en Al-Andalus, que estaba bajo la ortodoxia malikí, lo que supuso una fuerte represión de cualquier signo de heterodoxia.

El tercer capítulo, finalmente, aborda la cultura en Al-Andalus, especialmente a partir de su literatura. A lo largo de la sección, dividida en varios apartados siguiendo el orden cronológico de las etapas andalusíes repasadas en el primer capítulo, se van presentando los géneros literarios más importantes que se cultivaron en la península y los autores más destacados, realizando una breve prosopografía de los mismos y la exposición de sus obras más significativas. Cabe destacar la innegable conexión entre los autores y las circunstancias políticas en que se desarrolló su ciclo vital, siendo muy destacables las obras laudatorias de gobernantes, que convertían los autores como Muhammad Ibn Sara en mercenarios de una literatura de propaganda, aunque también hubo poetas que se ganaron la enemistad de los soberanos, como Ibn Ammar. Por otro lado, la relativa estabilidad política conseguida bajo la dominación de los almorávides y, muy especialmente, los almohades supondrá el auge cultural de Al-Andalus y de sus letras, con autores tan destacados como Averroes o Ahmad Ibn al-Arif. Además, este auge no solo afectó a los literatos musulmanes, sino también a los mozárabes y judíos que vivían en el territorio, siendo el máximo exponente el cordobés Maimónides. La larga agonía de Al-Andalus bajo el reinado de los nazaríes también tuvo su reflejo en la literatura, tendiente a recuperar los temas de un pasado más glorioso y unas formas artificiosas que permitieran superar la grave crisis del reino. Finalmente, no se puede dejar de lado la literatura aljamiado-morisca, especialmente destacable por la mezcla de elementos andalusíes con otros procedentes del Siglo de Oro castellano, pues Lope, Góngora o Quevedo no eran, en absoluto, desconocidos para la marginada comunidad morisca.

Un apartado conclusivo pone de relevancia toda la influencia de Al-Andalus en la península Ibérica en varios aspectos. Ha sido una construcción cultural e ideológica que todavía perdura, alabada por unos, denigrada por otros. Sin embargo, es indudable

la influencia cultural que tuvo Al-Andalus en los reinos cristianos, jugando un rol fundamental en los orígenes del Renacimiento, aunque tampoco hay que caer en el tópico de la convivencia pacífica entre musulmanes y cristianos. De hecho, los avances de los cristianos supusieron una emigración de musulmanes, que llevaron con ellos sus recuerdos de Al-Andalus que plasmaron en una literatura “de exilio”. Sin embargo, su influencia lingüística y literaria permaneció en la península, pudiéndose reseguir en obras medievales y del Siglo de Oro.

Sirven para cerrar la obra tres breves apéndices. En primer lugar, se recoge una pequeña cronología con las fechas y los sucesos políticos, sociales y culturales más importantes, lo que permite ir situando el lector en las distintas etapas de la compleja historia de Al-Andalus. Sigue un glosario con varios términos de origen árabe y que han ido apareciendo a lo largo de la obra, lo que constituye, pues, una ayuda importante para captar su significado. Finalmente, se ofrece una breve bibliografía general de Al-Ándalus que puede servir de guía para aquellos lectores que deseen profundizar en la historia de este territorio. Se trata de un complemento de la bibliografía más específica que se anuncia al final de cada capítulo, con citación en el texto mediante una nota.

Por todo ello, el libro de Rafael Valencia es de gran interés para toda persona que desee conocer con un cierto grado de profundidad tanto la historia como la literatura de Al-Andalus. A través de sus páginas desfilan califas y literatos, géneros y obras desde la conquista del 711 hasta más allá de la expulsión de los moriscos de 1609. Son los elementos que constituyen, en parte, el fundamento del Renacimiento que surgió en Europa y que la colocó en la vanguardia cultural. Un hecho que no hubiera sido posible sin la existencia de al-Andalus.